JAPÓN INEXPLORADO

ISABELLA BIRD

TRADUCCIÓN Y EDICIÓN
DE CARLOS RUBIO

LA LÍNEA DEL HORIZONTE ediciones

Isabella
LUCY BIRD

(Boroughbridge, 1831
Edimburgo, 1904)

Escritora, naturalista, fotógrafa, exploradora, nació en el seno de una familia de clase media británica. Hija del reverendo Edward Bird, se educó de forma autodidacta en la biblioteca de la casa familiar y desarrolló una gran curiosidad por diversas materias, como geografía e historia natural, además de convertirse en una ávida lectora. Mujer de gran temperamento y de salud enfermiza, inició pronto una vida de esforzados viajes en solitario costeándolos con la pequeña fortuna familiar y en busca de alivio para sus dolencias, que parecían sanar con creces en cada una de sus aventuras.

Tras recorrer Australia y los Estados Unidos inicia con este viaje a Japón una serie de travesías por Asia que la llevarán a China, Corea, Vietnam, Singapur y Malasia. Casada por pocos años, estudia medicina una vez viuda y decide emplear los restos de su herencia como misionera en India recorriendo Ladakh, Tíbet, Persia, Kurdistán, Turquía e Irán.

Es, sin duda, una de las grandes viajeras del XIX y la primera mujer en ingresar, por méritos propios, en la Royal Geographical Society. Su relato de un *Japón inexplorado* fue uno de los más singulares y tempranos testimonios llegados a Europa sobre este misterioso país.

Imagen de cubierta: Geisha, Kusakabe Kimbei, ca, 1870.

Japón inexplorado

ISABELLA
BIRD

EDICIÓN, TRADUCCIÓN
Y PRÓLOGO DE CARLOS RUBIO

LA LÍNEA DEL HORIZONTE ediciones

COLECCIÓN SOLVITUR AMBULANDO | Nº7

Japón inexplorado

ISABELLA
BIRD

Título original: *Unbeaten tracks in Japan*
Primera edición original: John Murray, London,1880 (2 Vols.)

Título de esta edición: *Japón inexplorado*
Primera edición en LA LÍNEA DEL HORIZONTE EDICIONES, octubre de 2018
© de esta edición: LA LÍNEA DEL HORIZONTE EDICIONES, 2018
www.lalineadelhorizonte.com | info@lalineadelhorizonte.com

© de la edición, traducción y prólogo: Carlos Rubio
© de la cartografía: Blauset

© de la maquetación y el diseño gráfico: Montalbán Estudio Gráfico
© de la maquetación digital: Valentín Pérez Venzalá

Depósito legal: M-23825-2018 | ISBN: 978-84-15958-91-8 | IBIC: WTL; 1FPJ
Imprime: Estugraf | Impreso en España | *Printed in Spain*

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

ÍNDICE

15
PRÓLOGO
Carlos Rubio

21
PREFACIO DE LA AUTORA

25
CARTAS DE LA 1 A LA 44

347
GLOSARIO

RUSIA
MAR DE JAPÓN
ISLA HOKKAIDO
Mororan
Tomakomai
Biratori
Hakodate
Aomori
Kuroishi
Ikarigaseki
Akita
(Kubota)
Odate
Niigata
Tsugawa
Fujihara
Nikko
ISLA HONSHU
TOKIO
Yokohama
OCÉANO PACÍFICO
0
100 km

PRÓLOGO

Los buenos relatos de viajes, como el que tiene en sus manos, producen sobresaltos. Y también contribuyen a hacer humilde —y por eso, sabio— a quien los lee.

Ambos efectos se observan con más claridad cuando el destino del viaje es un país de costumbres y actitudes vitales llamativamente ajenas a las nuestras. Como Japón. El sano asombro por la diferencia se vuelve más intenso si el Japón documentado resulta no ser el de las urbes, sino el rural, donde las usanzas y tradiciones suelen resguardarse mejor; tampoco es el Japón de ahora, ni siquiera el inmediatamente posterior a la Segunda Guerra Mundial cuando el país se embarcó en una despiadada occidentalización. Es el Japón de hace ciento cuarenta años.

En 1878, que es de cuando data esta crónica viajera, Japón acababa de abrir sus puertas al mundo exterior tras descolgar de ellas el cartel de «país prohibido» firmemente adherido durante casi tres siglos. Ese mismo año el nuevo gobierno japonés, reformista a ultranza, había decretado la abolición de la *two-sworded class*, la clase social de los samuráis, amén de impulsar una batería de medidas modernizadoras (léase occidentalizadoras). La llegada de ávidos viajeros occidentales, que entran en el Japón virgen siguiendo la estela de comerciantes y misioneros, y que conformarán el imaginario de los occidentales sobre un país valorado como quintaesencia del exotismo, no se produjo hasta finales de la década de 1890 (Loti, Kipling, Hearn). Pero se les adelantó alguien.

Y además, mujer, hecho a destacar en unos tiempos en los que el viaje de aventura era cosa de hombres. Y sola, en cuanto a compañía de otros occidentales se refiere.

Fue una inglesa llamada Isabella Bird. Esta intrépida y curtida viajera, nueva Alicia en el país de las maravillas, era hija de un pastor protestante y, sobre todo, de su tiempo: la Inglaterra victoriana de mediados del siglo XIX. Precisamente en la filiación cultural de la autora de estos relatos el lector podrá hallar una fuente de frecuentes sobresaltos y de inteligentes sonrisas. Un arraigado instinto de superioridad étnica, bandera del agresivo colonialismo de la época, asoma una y otra vez en observaciones que fácilmente hoy denominaríamos «racistas» o, cuando menos, «políticamente incorrectas», y que pueden escandalizar a algún sensible lector que no tenga en cuenta los años en que estos fascinantes relatos fueron escritos. Nuestra viajera, representante de las nociones etnocéntricas más crudas de su tiempo, no vacila en afirmar varias veces que los japoneses son «feos» o de un «físico miserable» a pesar, eso sí, de su depurada cortesía y amabilidad; o que los ainus —los aborígenes con quienes convivió en Hokkaido— son de dulce aspecto no obstante ser tan peludos; o que la apariencia de una mujer de esta etnia es de tal fealdad que difícilmente se podría decir de ella que es un ser humano (*hardly human in her ugliness*). Escandalizarse hoy por esta franqueza nos parece caer en el mismo puritanismo victoriano del que nuestra viajera, mujer osada y vanguardista en su tiempo, supo zafarse a juzgar por sus observaciones sobre moralidad y civilización en la segunda parte del libro.

Por otro lado, resulta difícil enjuiciar esas crudas observaciones porque empleamos como parámetros valores y criterios del presente, por muy universales y «eternos» que nos parezcan. Una de las emociones más firmes del buen viajero es el zarandeo continuo que experimentan sus categorías culturales. Para Isabella Bird amabilidad y fealdad en la misma persona debía de ser un

matrimonio tan insólito como imposible; para otro viajero que llegó a Japón antes que ella, el comerciante suizo Aimé Humbert, lo insólito fue descubrir que «los japoneses no llevan ropa interior a pesar de lavarse todos los días»; para Alexander Valignano y los otros misioneros que llegaron al archipiélago nipón en el siglo XVI, lo insólito fue comprobar que los japoneses eran «racionales en extremo, pundonorosos, elegantes y honorables» a la vez que «idólatras, crueles y sodomitas»[1]. Y es que toda observación sobre el Otro, especialmente si causa pasmo, comporta un grado de tensión intercultural, afortunadamente nunca resuelta para quienes valoramos la pluralidad y diferencias entre los pueblos. La marcada dicotomía occidental de bueno/malo o de hermoso/feo —en el caso de Humbert, de limpieza/no llevar ropa interior— era intrínseca al rol de aquellos intrusos en un país extraño, fueran diplomáticos, misioneros, comerciantes o simples viajeros en busca de salutíferas novedades como fue el caso de la dama inglesa. Tengamos presente que nuestros criterios, valores y buenos modos —el hecho de que no podamos decir que es feo a quien nos parezca feo— pertenecen al tiempo en que vivimos, por lo que no son exactamente nuestros, aunque así nos guste llamarlos, sino frutos de un credo hermenéutico que varía con el paso de los siglos. Por eso, contempladas desde la perspectiva que nos proporciona la rueda del tiempo, tales dicotomías tan, digamos, «nuestras», adquieren el encanto de lo pintoresco. Para John Ruskin, el crítico de arte británico, la belleza pintoresca es la fusión de, por ejemplo, una obra arquitectónica varios siglos después de ser construida con la hiedra, las zarzas que surgen a su alrededor y con otras manifestaciones espontáneas de la naturaleza, como la erosión, los líquenes, el musgo, la pátina del tiempo, las grietas mismas del edificio.

---

1 Lisón Tolosana, C., *La fascinación de la diferencia. La adaptación de los jesuitas al Japón de los samuráis, 1549-1592*, Madrid, Akal, 2005, pág. 193.

Hubiera sido criminal que nosotros, como editores o traductores de una obra escrita hace casi siglo y medio, diluyéramos esa belleza pintoresca, raspáramos esos líquenes y musgos, con las púas del amable cepillo de eufemismos, despistes léxicos o ambigüedades semánticas. Que, por ejemplo, en lugar del *ugly* del original inglés, tradujéramos «poco agraciado» o «de rasgos poco favorecidos», y no simplemente «feo». Deliberadamente, en efecto, y en aras de la fidelidad al original, hemos deseado preservar el testimonio de lo que hoy nos puede parecer candor etnocéntrico o rudeza racista. Así, tal vez, induzcamos a que el lector inteligente realice un segundo recorrido: un viaje al interior de la mentalidad de esta extraordinaria mujer, hija aventajada de los prejuicios de su época.

Una segunda observación antes de dejarla hablar. El prurito cientifista y el afán de meticulosidad descriptiva, muy de la prosa decimonónica de viajes, de que hace gala nuestra viajera, han determinado que hayamos suprimido algunos largos y tediosos pasajes. Especialmente los párrafos dedicados a descripciones pormenorizadas del paisaje, del clima, de especies botánicas y de algunos monumentos —como el templo Sensō-ji en el barrio tokiota de Asakusa y el santuario Toshogu en Nikko—, pocos, pues los viajes discurren por las zonas rurales del norte del país. La ausencia en su tiempo de fotografías e instrumentos de medición precisos puede justificar la tediosa pormenorización descriptiva. El lector moderno, sin embargo, con acceso instantáneo a reproducciones visuales de monumentos y paisajes encontraría poco tolerable la lectura de los pasajes no traducidos. Aparte de respetar naturalmente la secuencia narrativa del relato viajero, en formato epistolar como explica la autora en su Prefacio, en nuestra selección hemos mantenido la integridad de aquellas partes del libro relativas a las reacciones de la viajera a cuanto veía de novedoso, a los avatares de un viaje frecuentemente erizado de penalidades

—entre las que la agresividad de las pulgas y la falta de intimidad en las posadas no eran las menores—, a las divertidas reacciones de las personas con quienes se encontró, a las peregrinas costumbres, muchas ya desaparecidas, a la descripción de los momentos de exaltación viajera, a los encuentros humanos. Entre estos, son de destacar los que sostuvo con los ainus por su extraordinario valor como documento antropológico y etnográfico. Ocupan la cuarta parte final del libro y su valor es redoblado si consideramos la rápida extinción cultural sufrida por esta etnia en las tres o cuatro décadas siguientes al viaje de la autora.

Crudeza y candor. Dos valiosos billetes para saborear plenamente un viaje de verano de más de dos mil kilómetros por el desvanecido Japón de 1878. Con sobresaltos.

CARLOS RUBIO

PREFACIO DE LA AUTORA

En abril de 1878, tras la recomendación de abandonar mi hogar para recobrar la salud por medios que antes habían demostrado ser útiles, decidí visitar Japón. Lo que me atraía no era tanto la excelente reputación de su clima, como la certeza especial de que poseía esos atractivos rotundos y novedosos que conducen tan esencialmente al disfrute y el restablecimiento de un solitario buscador de salud. El clima me decepcionó, pero, a pesar de que el país me pareció más digno de estudio que de embeleso, su interés superó mis mayores expectativas.

Esto no es un «Libro sobre Japón», sino una narración de viajes por Japón y un intento de contribuir al conocimiento de la situación actual del país. Cuando viajé durante algunos meses por el interior de su isla principal y por Yezo (Hokkaido), fue cuando decidí que el material era lo suficientemente novedoso como para hacer una contribución valiosa. Desde Nikkó [*sic*] hacia el norte, mi viaje discurrió fuera de los caminos explorados, pues nunca había sido atravesado en su totalidad por ningún europeo. Viví entre japoneses y presencié su modo de vida en regiones no contaminadas por el contacto europeo. A lo largo de mi ruta, en calidad de dama viajando en solitario y de la primera mujer europea vista en varias provincias, mis experiencias difieren más o menos ampliamente de las de los viajeros precedentes; al mismo tiempo que de forma directa y testimonial puedo ofrecer un relato mucho más completo de los aborígenes de Yezo, obtenido por un cono-

cimiento sobre ellos más real de lo que hasta ahora se ha dado. He aquí mis principales razones para ofrecer al público este volumen.

Decidí con cierta renuencia que el formato principal sería el de cartas escritas desde el lugar a mi hermana y a un círculo de amigos personales, ya que esta forma de publicación implica el sacrificio de la disposición artística y el tratamiento literario, y requiere una cierta cantidad de egotismo; pero, por otro lado, coloca al lector en la posición del viajero y lo hace compartir las vicisitudes del viaje, la incomodidad, la dificultad y el tedio, así como la novedad y el disfrute. Los «caminos hollados», a excepción de Nikkó, han sido reflejados en pocos párrafos, y cuando sus circunstancias han sufrido cambios notables en pocos años, como es el caso de Tokiyo (Tokio), se han esbozado más o menos. Muchos temas importantes necesariamente se han pasado por alto.

En el norte de Japón, a falta de otras fuentes de información, y a través de un intérprete, tuve que aprender todo de la propia gente, y cada hecho hubo de ser desenterrado con sumo cuidado de entre una masa de basura. Los propios Ainus suministraron la información que se da sobre sus costumbres, hábitos y religión; pero tuve la oportunidad de comparar mis notas con algunas tomadas casi al mismo tiempo por el señor Heinrich Von Siebold de la Legación austríaca, y encontré coincidencias satisfactorias sobre todos los temas.

Algunas de las Cartas ofrecen una imagen menos agradable de la condición del campesinado que la presentada popularmente, y es posible que algunos lectores deseen que hubieran sido dibujadas de manera menos realista, pero, como las escenas son estrictamente representativas, y ni las inventé, ni fui en su búsqueda, las ofrezco tal cual en interés a la verdad ya que ilustran la naturaleza de una gran parte del material con el que el gobierno japonés tiene que trabajar en la construcción de una Nueva Civilización.

La exactitud ha sido mi primer objetivo, pero las fuentes de error son muchas; por ello, si a pesar del cuidado, he incurrido en errores, espero un juicio benevolente de aquellos que han estudiado Japón con más detenimiento y conocen mejor sus dificultades.

Las Actas de las Sociedades Asiáticas inglesas y alemanas en Japón me brindaron una valiosa ayuda, así como algunos documentos sobre temas especiales del país, incluyendo «A Budget of Japanese Times», en los periódicos *Japan Mail* y *Tokiyo Times*. Agradezco también el apoyo que me manifestaron Sir Harry S. Parkes, K. C. B., el señor Satow de la Legación de H. B.M., el señor Dyer, director de Educación, el señor Chamberlain del Imperial Naval College, el señor F. V. Dickins y otros, cuyo amable interés en mi trabajo a menudo me animaba cuando andaba desanimada por mi falta de habilidad; pero, en justicia, a pesar de la gentileza de estos y otros amigos, me apresuro a responsabilizarme absolutamente por las opiniones expresadas que, de forma correcta o incorrecta, son totalmente mías.

Las ilustraciones, con la excepción de tres, que son de un artista japonés, han sido grabadas a partir de bocetos de fotografías mías o de otros autores japoneses.

Soy dolorosamente consciente de los defectos de este volumen, pero me atrevo a presentarlo al público con la esperanza de que, a pesar de sus deméritos, pueda aceptarse como un intento honesto de describir las cosas tal como las vi en Japón, durante un viaje por tierra de más de más de dos mil trescientos kilómetros.

Desde que las cartas pasaron por imprenta falleció mi querida y única hermana a la que, en primera instancia, fueron destinadas. Su hábil y ponderada crítica, así como su cariñoso interés, fue la inspiración de mis viajes y relatos.

ISABELLA L. BIRD

JAPÓN INEXPLORADO

ISABELLA BIRD

TEMPLO DE YOMEI

CARTA 1

Hotel Oriental, Yokohama. *21 de mayo [de 1878]*

Tras dieciocho días mecidos sin parar en los brazos de la desolada superficie de mares lluviosos, ayer temprano por la mañana apareció «la ciudad de Tokiyo» detrás del cabo Rey y a mediodía navegábamos por el golfo de Yedo, bastante cerca de la costa. Era un día suave y gris con un cielo de tonos ligeramente azulados; y, aunque el litoral de Japón es mucho más atractivo que la mayoría, ni los colores ni las formas del mismo me depararon sorpresas sobrecogedoras. Del borde del agua se yerguen cadenas de montes boscosos separados por profundos barrancos, mientras que aldeas grises y de tejados de pronunciada pendiente se apelotonan cerca de donde mueren las quebradas. Los bancales, dedicados al cultivo del arroz y brillantes con el mismo verdor del césped mejor cultivado, ascienden hasta una gran altura en medio de oscuras masas forestales. Resulta muy impresionante la densidad demográfica de la costa. Asimismo, el golfo aparece por todas partes poblado de barcos pesqueros, cientos de los cuales, o más bien miles, dejamos atrás al cabo de cinco horas de navegación. La costa y el mar presentaban tonos pálidos, y pálidas también se mostraban las embarcaciones con sus cascos de madera sin pintar y las velas de dril inmaculadamente blancas. De vez en cuando aparecía un junco de proa alta deslizándose como un galeón fantasma; entonces nuestro vapor aminoraba la marcha para evitar el exterminio de una flotilla de pesqueros de forma triangular y cuadradas velas blancas. Y así, hora tras hora por la superficie grisácea y anodina del mar.

MONTE FUJI DESDE UNA ALDEA

Llevaba mucho tiempo deseando en vano contemplar el monte Fuji a pesar de haber escuchado exclamaciones arrobadas de mis compañeros de pasaje, hasta que, al mirar por accidente hacia el cielo y no hacia el este, distinguí a lo lejos y más alto que cualquier posible elevación, un inmenso cono truncado de nieve pura. Sus 3.986 metros sobre el nivel del mar ascienden en dos gloriosas curvas, muy delicadas, recortándose sobre un cielo de palidísimo tono azul, y manteniendo la base y el paisaje intermedio velados por una descolorida bruma gris[2]. Fue una visión maravillosa ape-

2 Bajo condiciones atmosféricas excepcionales, tal es la visión igualmente excepcional del monte Fuji o Fujisan. En condiciones normales su cono se muestra más ancho y bajo, siendo a menudo comparado a un abanico invertido. (Nota de la Autora, en adelante N. de la A.)

nas vislumbrada pues desapareció unos instantes después. Con la excepción del cono de Tristan de'Acunha, también nevado, nunca había visto una montaña erguirse con tal majestuosa soledad, sin tener nada, ni cerca ni lejos, que le restara altura y grandeza. No es de extrañar, por tanto, que sea considerada sagrada y tan entrañable para el pueblo japonés que sus artistas nunca se cansan de representarla. La primera vez que la vi estaba a casi ochenta kilómetros de distancia.

El golfo se estrechaba haciéndose más visibles los montes de arboladas crestas, los bancales de las quebradas, las pintorescas y grises aldeas, la tranquila vida de la playa y las masas de tenue azul que formaban las montañas del interior. El monte Fuji se retiró tras la niebla dentro de la cual despliega su magnificencia durante casi todo el verano. Dejamos atrás la bahía del Recibimiento, la isla Perry, la isla Webster, el cabo Saratoga y la bahía Misssissippi —nomenclatura estadounidense que perpetúa los éxitos de la diplomacia norteamericana—[3] y no lejos de la punta del Tratado avistamos un buque-faro de color rojo con las palabras «punta del Tratado» inscritas en grandes letras. Aparte de esta embarcación, no se permite aquí atracar ningún barco extranjero.

Me quedé tranquila cuando me vi libre del bullicio de mis compañeros de pasaje, muchos de los cuales volvían a casa y todos supuestamente con amigos que los estaban esperando en el muelle. Aproveché para contemplar Yokohama, una ciudad extraña y escasamente atractiva, y la tierra de gris claro que se extendía ante mis ojos. Pude también meditar con cierta tristeza sobre el destino que me había traído a estas peregrinas costas donde no tenía ni un conocido. Cuando atracó el barco, enseguida fuimos rodeados por una multitud de botes nativos, llamados por los extranjeros

3 Se refiere al éxito del comodoro Matthew Perry cuando entre 1852 y 1854 logró forzar la apertura de Japón a la navegación y al comercio con las potencias occidentales. Saratoga y Mississippi eran los nombres de algunos de los barcos con que Perry se presentó en la bahía de Uraga, frente a la costa de Yedo. (Nota del Traductor, en adelante N. del T.)

sampanes; y el doctor Gulick, pariente lejano de uno de mis amigos de Hilo, que había subido a bordo para recibir a su hija, me dio una cordial bienvenida y me libró de todas las molestias de los trámites del desembarco. A pesar de lo destartalado de su aspecto, estos *sampanes* son guiados con gran destreza por los barqueros los cuales daban y recibían choques entre sus respectivas embarcaciones con buen humor y sin los gritos ni las injurias que suelen oírse de los barqueros de otros países cuando compiten entre sí.

En la posición de pie los barqueros guían sus pequeñas naves con una espadilla que apoyan en los muslos. Llevan todos una única y ligera prenda de vestir de algodón azul de anchas mangas, que no está ceñida ni atada a la cintura, y calzan sandalias de paja sujetas por una correa que pasa entre el dedo gordo y los otros dedos del pie. Se cubren la cabeza con un paño también de algodón azul atado alrededor de la frente. La única prenda de vestir del tronco, que no pasa de ser una excusa para no ir desnudos, deja a la vista un pecho hundido y unas extremidades enjutas. En la piel muy amarilla de sus cuerpos se tatúan animales de su propia mitología. La tarifa por usar el *sampán* está fijada de antemano, de modo que cuando el viajero pisa tierra, su ánimo se halla libre de peticiones abusivas.

Lo primero que me impresionó al pisar tierra fue la ausencia de vagabundos y que todas las personas que vi en la calle se hallaban ocupadas en algo. Todas eran pequeñas, feas, zambas, de aspecto pobre pero amable, hombros redondos, pechos hundidos y piel reseca. En lo alto de la plataforma de tierra, había un restaurante ambulante, un bonito mueble de lo más compacto, con su cocina de carbón y un completo utillaje para cocinar y comer. Parecía haber sido fabricado por y para muñecas, y el hombrecillo a cargo no medía más de metro y medio. En la Aduana nos atendieron funcionarios igualmente diminutos enfundados en uniformes europeos de color azul y botas de cuero: criaturas muy

educadas que después de abrir y examinar minuciosamente nuestros baúles, volvieron a cerrarlos y atarlos con correas. ¡Qué agradable contraste el de estos hombres con los insolentes y rapaces funcionarios que hacen el mismo trabajo en Nueva York!

Fuera había unos cincuenta carritos llamados *jin-ri-ki-sha*, tan populares ahora, en medio de un aire lleno del zumbido producido por la rápida repetición de esta tosca palabra pronunciada en cincuenta lenguas. Este vehículo de tracción humana, como sabes, constituye una imagen emblemática del Japón de hoy y su importancia no deja de crecer de día en día. Fue inventado hace solo siete años y solo en esta ciudad ya debe de haber casi veintitrés mil. Los hombres que lo conducen ganan mucho más que en otro oficio cualificado; tanto es así que miles de jóvenes vigorosos abandonan el campo y acuden en tropel a las ciudades para convertirse en animales de tiro, a pesar de que, según se dice, el promedio de vida de un hombre desde que se dedica a correr tirando de este carrito es solo de cinco años, pues muchos no tardan en caer víctimas de graves afecciones pulmonares y cardiacas. En una superficie más o menos llana, un buen conductor de estos carritos puede trotar casi sesenta y cinco kilómetros al día, a una velocidad media de poco más de seis kilómetros por hora. Todos los vehícu-

los están registrados y los que tienen capacidad para llevar a dos personas pagan un impuesto anual de casi dos yenes, un yen si solo pueden transportar a una. Están sujetos a tarifas fijas dependiendo del tiempo que tardan y de la distancia recorrida.

El *kuruma* o *jin-ri-ki-sha*[4] consta de un chasis ligero como el de un carrito de bebé, con una capota ajustable de papel impermeable, de una tapicería de terciopelo o tela en el interior, de asiento con su respaldo, de espacio para el equipaje debajo del asiento, de dos ruedas altas y delgadas y de un par de lanzas o varas unidas en los extremos por una barra. La carrocería del vehículo suele estar lacada y decorada según el gusto del propietario. Algunos muestran escasa ornamentación a no ser por remaches de latón bruñido; otros tienen incrustaciones de conchas conocidas como orejas de Venus, mientras que los hay también pintados llamativamente con dragones contorsionados o ramos de peonías, hortensias, crisantemos y figuras mitológicas. Las dos lanzas se apoyan en el suelo formando un ángulo agudo cuando el viajero sube al vehículo, acción que requiere mucha práctica si se desea ejecutar con soltura y dignidad. Después, el conductor eleva las lanzas. Se coloca entre ellas, retrocede ligeramente y echa a correr tirando del carrito. Dependiendo de la velocidad deseada por el pasajero, este puede ser tirado por uno, dos o tres hombres. Cuando llueve, se extiende la capota hasta cerrar todo el interior con lo cual el pasajero se hace invisible desde fuera. Por la noche, cuando el vehículo se desplaza o está parado, estos *kurumas* llevan faroles circulares de papel de poco menos de medio metro de alto y pintados en atractivos colores. Resulta de lo más cómico ver a corpulentos y rojizos comerciantes, misioneros, hombres y

4 A partir de ahora, usaré el término japonés de *kuruma* en lugar de la palabra china *jin-ri-ki-sha*. Literalmente *kuruma*, que significa «rueda» o «vehículo», es la palabra normalmente usada por los conductores de *jin-ri-ki-sha* y por los japoneses en general; además, es más eufónica. Literalmente *jin-ri-ki-sha* significa «coche de tracción humana». De *kuruma* se deriva naturalmente *kurumaya* o «conductor de un *kuruma*». (N. de la A.)

mujeres, señoras vestidas a la moda, agentes chinos y campesinos japoneses de ambos sexos ser transportados en volandas en estos carritos, todos ellos felizmente inconscientes del ridículo aspecto que muestran corriendo, persiguiéndose, cruzándose unos con otros, zarandeados de allá para acá por unos conductores enjutos, corteses y agradables tocados de grandes sombreros semejantes a cuencos invertidos, ataviados con incomprensibles pantalones cortos de color azul y blusones igualmente azules en los que se ven impresos blancos caracteres chinos y blasones, hombrecillos de amarillos rostros chorreantes de sudor, que ríen y vociferan mientras evitan chocar entre sí por puro milagro.

Después de visitar el Consulado británico, monté en uno de estos *kurumas* y, con otras dos señoras que tomaron sendos vehículos, me dejé llevar a una velocidad furiosa por un hombrecillo que no hacía más que reír. La calle principal que recorrimos era estrecha, pero todo a lo largo estaba bien pavimentada, flanqueada de aceras bien tendidas, con bordillos, alcantarillas, farolas de hierro con luces de gas y tiendas de productos extranjeros. Llegamos a este tranquilo hotel recomendado por Sir Wyville Thomson, un refugio del parloteo gangoso de mis compañeros de travesía todos los cuales han partido a los grandes almacenes del paseo marítimo de la ciudad. El dueño del hotel es un francés que ha delegado en un chino; los empleados son «muchachos» japoneses ataviados con ropa tradicional japonesa; hay un «mozo de cámara» también japonés pero trajeado impecablemente a la europea que me causó un perfecto horror por la rebuscada cortesía de sus modales.

Casi tan pronto como llegué, me vi obligada a aventurarme en busca de la oficina del señor Fraser en el barrio residencial extranjero. Y escribo bien «aventurarme» pues aquí las calles no tienen nombre y los números dan la impresión de haber sido escritos al buen tuntún. Para colmo, por las calles no encontré a ningún peatón europeo al cual poder preguntar. Yokohama no

invita a ser más conocida y su aspecto es mortecino. Es irregular sin ser pintoresca, y el cielo gris, el océano gris, las casas grises y los tejados igual de grises contribuyen a que parezca condenada a un armonioso tedio.

En Japón la única moneda extranjera que se acepta es el dólar mexicano y el agente del señor Fraser enseguida se encargó de transformar mi oro inglés en billetes de banco japonés, los llamados *satsu*, de los cuales recibí un fajo de yenes, ahora casi a la par con el dólar, y sobres con billetes de cincuenta, veinte y diez *sen*, que es el céntimo del yen, aparte de algunos canutos de flamantes monedas de cobre. Al iniciado le basta una mirada para identificar las distintas denominaciones y valores de los billetes por su color y tamaño, pero de momento para mí representan un incómodo misterio. Los billetes bancarios japoneses son de un papel rígido con sinogramas en las esquinas cerca de los cuales alguien con una vista excepcional o provisto de lupa podrá ser capaz de distinguir un término inglés que denota su valor respectivo. Están bellamente impresos y adornados con el blasón del crisantemo del *mikado* o emperador y los dragones entrelazados del Imperio.

Estoy deseando partir al Japón de verdad. El señor Wilkinson, cónsul británico en funciones, me visitó ayer y fue sumamente amable. Es de la opinión que mi proyecto de viajar al interior es ambicioso en exceso, pero afirmó que una mujer sola puede viajar con absoluta seguridad. Comparte el parecer de todo el mundo de que los grandes inconvenientes de viajar en Japón son las pulgas, de las que hay legiones, y los caballos de posta, que son una infamia.

CARTA 2

Yokohama. *22 de mayo*

El día de hoy se ha pasado entablando nuevas relaciones, iniciando la búsqueda de un criado y un caballo, aceptando numerosos ofrecimientos de ayuda, haciendo preguntas a diferentes personas y recibiendo respuestas a cuál más contradictoria. Todo empezó temprano y antes de las doce de mediodía ya había recibido trece visitas. Las señoras se dejan llevar por la ciudad en unos carritos tirados por ponis que guían unos mozos a la carrera a los que llaman *bettos.* Los comerciantes extranjeros, por su parte, mantienen en todo momento a la puerta los *kurumas*, ya que hallan a los colis que los conducen inteligentes, voluntariosos y mucho más serviciales que los caprichosos ponis japoneses, perezosos y resabiados. Hoy mismo he comprobado que ni la dignidad de todo un «embajador extraordinario y ministro plenipotenciario» es inmune al uso de estos humildes medios de transporte. Mis últimas visitas fueron a Sir Harry y Lady Parkes, que trajeron a mi cuarto la misma luz y amabilidad que se llevaron cuando se fueron. Sir Harry es un hombre de juvenil aspecto de apenas cincuenta años, de constitución ligera, activo, ojos azules, rasgos típicamente anglosajones, el cabello y la sonrisa radiante, con unas maneras que irradian luminosa simpatía y del cual nadie diría que lleva treinta años de servicio en Oriente, ni que ha sufrido encarcelamiento en Pekín y varias tentativas de asesinato en Japón. Tanto él como su esposa son verdaderamente gentiles y me han animado de todo corazón a seguir adelante con mis planes de viaje más ambiciosos por el interior del país; tanto es así que me pondré en camino tan pronto me procure un criado-intérprete. Cuando se fueron y los vi saltar a sus *kurumas*, me pareció de lo más divertido observar al representante de Inglaterra dando tumbos en la calle metido en una especie de cochecito de niño arreado por un tándem de colis.

KURUMA

Cada vez que me asomo a la ventana contemplo unos carromatos de dos ruedas arrastrados y empujados por cuatro hombres y con casi todo tipo de carga, como piedras para la construcción y otros materiales. De los cuatro hombres, dos tiran con las manos y los muslos de una barra delantera que hay al extremo del tiro del carromato mientras los otros dos empujan con los hombros un astil que hay detrás, aplicando incluso la fuerza de sus cabezas rapadas y firmes cuando hay una subida y el cargamento es pesado. Entonces los gritos que salen de sus gargantas son impresionantes y melancólicos. Arrastran en sus carros cargas increíbles, a pesar de lo cual, como si no fuera suficiente el gemido o el jadeo que suele conllevar tal esfuerzo, se ponen a gritar de modo incesante con un estertor áspero, gutural que suena como un *ja juida, jo juida, wa jo, ja juida*, etc.

Como
voy a ser la primera
mujer extranjera en viajar sola
por el interior del país, por el Japón inex-
plorado, puedes imaginarte la curiosidad
amistosa que mi proyecto está suscitando entre
mis conocidos, de los cuales recibo muchas
advertencias y palabras disuasorias, pero
escasas expresiones de ánimo.

ISABELLA BIRD

COLECCIÓN
SOLVITUR AMBULANDO

Clásicos de la exploración y el viaje para volver a recorrer el mundo con una mirada actual.

CL#1
Por el Himalaya
FRANCIS YOUNGHUSBAND

CL#2
Viajes y paisajes
MIGUEL DE UNAMUNO

CL#3
Días de ocio en la Patagonia
WILLIAM H. HUDSON

CL#4
Cartas desde Estambul
LADY MARY WORTLEY MONTAGU

CL#5
Con las suelas al viento
Viajeros, eruditos y aventureros
MARTÍN CASARIEGO

CL#6
Verano en los lagos
MARGARET FULLER

CL#7
Japón inexplorado
ISABELLA BIRD

Por primera vez en castellano el relato de un viaje asombroso realizado en solitario por una mujer que hizo época al retratar los misterios del inexplorado Japón del siglo XIX. Aislado, cerrado a los extranjeros, muy pocos occidentales se adentraban en el interior del país, e islas como la actual Hokkaidō, guardaban secretos sin desvelar. Auténtica pionera, mujer valiente, de sólidas convicciones, y más que probada curiosidad, Bird atraviesa la espina dorsal del norte de Japón mostrando la ignota vida rural y visitando remotas tribus aborígenes como los antiquísimos ainus, de cuya cultura poco o nada se tenía noticia en Europa.

No será un viaje fácil, ni cómodo. A pie, a caballo, en barco, *sampán* o *kuruma,* allá donde va despierta curiosidad y su presencia convoca muchedumbres asombradas. Valiente y nada convencional, la vemos disfrutar a pesar de la comida, las pulgas, la dificultad de los caminos, o la ausencia de intimidad en las *chadoyas,* mientras que su afilada mirada nos desvela un Japón rebosante de prodigioso encanto. Traducido y editado con esmero por el profesor Carlos Rubio, su lectura revive hoy el hechizo de una cultura, lejana y distinta, que no deja de sorprendernos.

Nadie ha igualado a Isabella Bird. Una viajera, escritora y pionera de la que puede estar bien orgullosa la más brava feminista y admirará el más recalcitrante de los machistas.

JAN MORRIS

Su brillante inteligencia y su extrema curiosidad por el mundo exterior, hicieron que su mente y su naturaleza en general no pudieran ser reducidas ni endurecidas por la atmósfera estrictamente evangélica de su infancia.

THE SPECTATOR

La victoriana sociedad patriarcal no pudo impedir a Isabella Bird seguir su camino.

THE TELEGRAPH

Una decidida aventurera y cronista que cautivó a la Inglaterra victoriana y abogó incansablemente por el empoderamiento de las mujeres.

THE GUARDIAN

Una mujer extraordinaria para su tiempo [...] Eligió viajar sin la compañía de otros europeos, con tan solo un asistente japonés, a lugares inexplorados, incluso, por los occidentales más aventureros.

THE JAPAN TIMES

LA LÍNEA DEL HORIZONTE ediciones

ISBN: 978-84-15958-91-8 | IBIC: WTL; 1FPJ

9 788415 958918